

mero cobardía y lo segundo doblez; y aunque la parte inferior de su alma estuviera bajo el peso del dolor, la serenidad de la parte superior se reflejaba en su rostro y sobre todo en sus ojos, en medio de las nubes del sufrimiento (1). Convencido, como escribía á la santa Madre Chantal, que sufriendo se sirve á Dios mas perfectamente que obrando; persuadido además de que sus sufrimientos eran poca cosa comparados con lo que merecía, y sobre todo con lo que nuestro Señor había sufrido por él, nunca queria pedir su curacion. «Nunca, decia (2), tendré valor de pedir á nuestro Señor que cure mi dolor de cabeza por el mérito de aquel que sufrió en la suya adorable, que cure mis ojos por los sufrimientos de los suyos en la cruz, y que me vuelva la salud en consideracion de sus dolores, como si no hubiera sufrido sino para que no suframos.» El santo Obispo ocultaba sus enfermedades, y las sufría de pié cuanto podia, diciendo que la cama no se había hecho sino para las grandes enfermedades; y cuando el mal le obligaba á guardarla, recibía con agrado y reconocimiento los buenos oficios que le hacían, tomaba sin repugnancia todos los remedios como tambien los alimentos que le presentaban, y se olvidaba en cierto modo de sí mismo, para no pensar mas que en Dios y en sus servidores: en Dios para recojerse en él y en la meditacion de los bienes eternos, y en sus servidores para compadecerse de ellos por el trabajo que les daba el cuidado de su persona.

No por esto se crea que dejara de sentir en su alma una viva oposicion al sufrimiento; pero lo vencía por un esfuerzo de virtud, y practicaba escelerentemente lo que contaba él mismo de otro, persona muy enferma, á la que se aproximaba alabando su constancia, ponderando sus dolores, y admirando su valor, su silencio y su buen ejemplo. «¡Ah, padre mio, esclama esta (3), qué decís! vos no

(1) *Espiritu de San Francisco de Sales*, p. V, sec. XXII; p. XII, sec. II.

(2) *Idem*, p. XVII, sec. XII.—Carta DCCXXVIII.

(3) *Espiritu de San Francisco de Sales*, p. VIII, sec. III.

«veis los combates de mi naturaleza; todo en ella está en desorden y mudado; si me dejara llevar de sus impulsos, gritaria y me impacientaria, murmuraria y maldeciria; pero Dios sella mis labios con un freno que hace que no me queje de los golpes de su mano, que he aprendido por su gracia á amar y á venerar. Soy como aquel profeta á quien el ángel llevaba por un cabello; mi paciencia no está pendiente sino de un hilo muy delgado, y si Dios no me ayudara, quedaria perdido.—¡Ah! dijo el santo prelado cuando se retiró, he ahí la verdadera paciencia cristiana, no solo animosa sino tambien humilde y amante; pero no se lo digais, no sea que se deje llevar de la vanidad, la cual echaría á perder todo el valor de esta gracia, cuyas aguas no se deslizan sino por los valles de la humildad.»

CAPITULO XVIII.

Su igualdad de alma.

Era un espectáculo admirable la igualdad de alma en que se mantenía invariablemente el santo Obispo de Ginebra, no viéndosele nunca desolado por la contradicción, abatido por la tristeza, arrebatado por la alegría, ni arrastrado por la precipitación. Siempre dueño de su corazón y de sus pasiones, tenía en medio de los negocios mas enfadosos, lo mismo que en los agradables, siempre la misma serenidad de rostro y de maneras, de suerte que se decía de él que estaba tan tranquilo, tan dulce, tan modesto, tan en presencia de Dios y tan dueño de sí mismo en cada una de sus acciones, como en el mismo altar (1). En la corte y en las sociedades mas ruidosas á que se veía obligado á asistir, era el mismo que en la Visitación y entre los mas santos religiosos. En medio de la diversidad de situacio-

(1) Dep. de Mocard y de la Madre Chaugy.

nes no variaba; los cambios se obraban alrededor suyo, pero no en él, y sabia ser igualmente santo en todas partes pasando á través de las ocasiones mas profanas sin dejarse nunca profanar, mostrando en todas partes y siempre la misma modestia, la misma dulzura, afabilidad, igualdad de alma y de semblante, y el mismo deseo de agradar á Dios y de hacer la virtud amable á los demás (1).

Cualesquiera que fueran las penas que amargarán su vida, jamás su paciencia fué alterada ni por un momento (2), pudiendo decir el Cardenal de Berulle: «Este prelado tiene una paz imperturbable.» En efecto, todas sus facciones, todas sus palabras y todo su modo de obrar no respiraba mas que la paz, sin que nadie en el mundo fuera capaz de alterarla ni de turbarla. «Aunque el universo, decía, se trastornara de arriba abajo, no deberíamos turbarnos, porque el universo no vale tanto como la paz del alma.»

«El médico, escribia con motivo de una alteracion que esperimentó su salud (3), me ha ordenado el reposo, y yo me ordeno tambien con gusto otro remedio, y es la tranquilidad; y al procurarme el reposo corporal, he pensado en el reposo espiritual con que nuestros corazones deben someterse á la voluntad de Dios.....» «Yo ví hace algun tiempo, decia graciosamente á la santa Madre Chantal (4), una jóven que llevaba un cubo de agua en la cabeza, en medio del cual habia puesto un pedazo de madera; quise saber con qué objeto, y me dijo que era para contener el movimiento del agua, y evitar que esta se derramase. En adelante, pues, me dije á mí mismo, es preciso poner la cruz en medio de nuestros corazones para contener los movimientos de nuestros afectos, para que con este leño no se derramen en medio de las inquietudes y turbaciones.» «Seamos todos de Dios, escribia

(1) El P. la Riviere, p. 465.

(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. VIII, sec. XVI.

(3) Carta CLX.

(4) Carta CLV.

»en otra ocasion (1), sin que nos aturda el estruendo que nos presenta la diversidad de las cosas mundanas, pues en nada podemos manifestar tanto nuestra fidelidad como entre las contrariedades. La soledad tiene sus combates y el mundo sus contradicciones; y por eso en todas partes es preciso tener buen ánimo, porque en todas partes el socorro del cielo está pronto para los que confían en Dios, y que con humildad y dulzura imploran su paternal asistencia; pero guardaos bien de dejar que vuestra vigilancia se convierta en turbacion é inquietud. Estando embarcado como estais entre las olas y vientos de varias contradicciones, mirad siempre al cielo y decid á nuestro Señor: ¡Oh Dios! por vos es por quien navego, sed mi norte y mi guia. Luego consolaos con el pensamiento de que cuando estemos en el puerto, las dulzuras que allí tendremos nos harán olvidar el trabajo que nos ha costado llegar á él. ¿Qué importa que tengamos que atravesar todas estas tempestades, con tal de que conservemos el corazon recto, la intencion buena, el ánimo firme, la vista fija en Dios, y en Él puesta toda nuestra esperanza? La verdadera virtud no se alimenta con el reposo exterior, como tampoco los buenos pescados en las aguas estancadas de los pantanos.» Movido de este mismo espíritu de paz y de abandono en la providencia, el santo obispo decia á la santa Madre Chantal, hablándole del designio de fundar la orden de la Visitacion: «Si no agrada á Dios que nuestros proyectos tengan buen resultado, á mí tampoco me agrada, y por eso no se debe perder una hora de sueño.»

Un dia que acababan de tratarle indignamente en presencia de la Madre Chantal, esta le preguntó que era lo que habia sentido en un suceso tan penoso á la naturaleza: «Nunca he tenido tanta paz,» le contestó. Otro dia viendo á uno de sus criados que se impacientaba: «Miguel, le

(1) Carta DCCXLVIII.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XVII, s. XXXIV.

»dijo riendo, no os inquieteis, que una onza de paz vale
 »mas que cien libras de riquezas.» (1) Le interrumpian
 á cada paso en sus ocupaciones y ejercicios de piedad; llo-
 vian sobre él los negocios incesantemente; las contradic-
 ciones venian á poner obstáculos á sus designios é incli-
 naciones; genios extravagantes ó inteligencias obtusas, in-
 capaces de entender la razon, disputaban con él sobre los
 puntos mas claros; y en medio de todos estos contratiem-
 pos, no se notaba la menor variacion en sus maneras ni
 en el tono de su voz. Cuando la caridad lo exigia, dejaba
 con paz sus ejercicios espirituales, aun aquellos mismos
 que mas amaba, porque decia: «Es preciso unirse inviola-
 »blemente á Dios solo, pero no á los medios particulares
 »de servirle.» Quejándose á él una persona que sufría vio-
 lentos dolores de cabeza, de que no podia dedicarse á la
 meditacion: «Será preciso que os indemniceis de ella, le
 »contestó (2), duplicando las oraciones jaculatorias de
 »acceptacion del beneplácito divino, que os envia este im-
 »pedimento á la meditacion para uniros mas íntimamente
 »á él por medio del ejercicio de la santa y tranquila re-
 »signacion. ¿Qué importa que estemos con Dios de un mo-
 »do ó de otro, puesto que no buscamos mas que á Él, y no
 »lo encontramos menos en la mortificacion que en la ora-
 »cion?» Despachaba los negocios uno á uno, aplicándose á
 cada uno como si ningun otro lo hubiera precedido ni
 debiera seguirle, y acogia todas las contradicciones con
 una suavidad incomparable. «Desde hace algun tiempo,
 »escribia un día, estoy lleno de oposiciones y secretas
 »contradicciones, que han atentado contra mi tranquili-
 »dad, pero ellas mas que nada me producen una paz muy
 »dulce y suave, y me presagian la próxima union de
 »mi alma con Dios, que es el único anhelo de mi cora-
 »zon.»

No quería que nadie se apresurara por nada. «Vale

(1) Dep. de Miguel Favre.

(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XV, s. XVIII.

»mas, decia (1), hacer poco y bien, pues no es por la mul-
 »tiplicidad de las cosas que hacemos por lo que adelanta-
 »mos en la perfeccion, sino por el fervor con que las ha-
 »cemos (2). La devocion es un fervor dulce, tranquilo, so-
 »segado, pero el apresuramiento es su ruina. Es un aca-
 »loramiento indiscreto, turbulento, que deshace en vez de
 »edificar, desarraiga en vez de plantar.» »Apresuraos dul-
 »cemente, decia en otro lugar; se hace bastante pronto lo
 »que se hace bien, y á cada día le basta su trabajo. El que
 »emprende dos ocupaciones á un tiempo no sale bien con
 »ninguna, pues eso es pretender enebrar varias agujas
 »de una vez.» «Sed cuidadosos (3), pero no os apresureis en
 »hacer todo lo que teneis que hacer, decia en otra oca-
 »sion. Toda clase de ardor turba la razon y el juicio, y
 »nos impide hacer bien la cosa que hacemos con apresu-
 »ramiento. Las lluvias que caen dulcemente fecundizan la
 »tierra; pero los torrentes la devastan.»

Censuraba mucho á los que en las conversaciones di-
 cen palabras precipitadas y sin reflexion, y deseaba que
 se hablase poco y bien, con un alma tranquila y siem-
 pre igual. Pero sobre todo á las personas encargadas del
 cuidado ó direccion de los otros, era á los que mas pres-
 cribia esta paz. «El cuidado mas perfecto, decia (4), es el
 »que se aproxima mas al cuidado que Dios tiene de nos-
 »otros, que es un cuidado lleno de tranquilidad y de quie-
 »tud, que en medio de su mayor actividad no experimenta
 »sin embargo ninguna emocion, y siendo uno se hace todo
 »en todas las cosas;» cuyos principios eran la regla de su
 conducta. «Era costumbre suya, dice uno de sus historia-
 »dores (5), no precipitarse, terminar los negocios uno des-
 »pues de otro, y aplicar pacíficamente á cada uno toda su

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. VI, s. IX; p. VIII, s. XVIII; p. X,
 s. XII; p. XVI, s. XXXV; p. XVIII, s. VI.

(2) *Idem*, p. XIV, s. XXIV.

(3) *Introduccion á la vida devota*, p. III; c. X.

(4) Carta DCCXXII.

(5) *El P. la Riviere*, p. 523.

»atencion, como si no hubiera tenido otra cosa en que
»pensar.»

Esta igualdad de alma tan maravillosa, tomaba su origen en su humildad y en su mortificacion: en su humildad, porque colocando su confianza en Dios, no en sí mismo, y elevándola sobre todos los juicios de los hombres, de sus críticas lo mismo que de sus alabanzas, le hacia tener el alma mas animosa, mas generosa, y mas capaz de grandes y nobles designios; en su mortificacion, porque enseñado á contar por nada todas las consideraciones de fortuna y bienestar de parientes ó amigos, de grandes ó poderosos, abrazaba todos los trabajos, proseguia las obras mas útiles á través de contradicciones de toda especie, con una seguridad y una paz imperturbables, sin que nada le hiciera nunca apartarse de ellas cuando se trataba de llenar un deber, y sin que su alma tranquila, con la mirada fija en Dios solo, perdiera nada de su igualdad y de su paz (1). Por eso, decia hablando de la igualdad de su alma: «Nuestro principal mal es que nos estimamos demasiado á nosotros mismos, y si en algun pecado ó imperfeccion incurrimos ya estamos turbados é impacientes, porque nos creíamos buenos, resueltos y firmes, y cuando nos encontramos con que no hay nada de eso y que hemos caído en tierra, nos turbamos disgustados y descontentos, viéndonos engañados en lo que nos toca tan de cerca. Si supiéramos bien lo que somos, en vez de sorprendernos por vernos caidos nos admiraríamos de poder permanecer de pie un solo día, y aún una sola hora. Si nos es preciso tener paciencia con todo el mundo, debemos tenerla primero con nosotros mismos que nos importunamos mas que nadie.» (2) «No escuseis ni acuseis sino con madura deliberacion á vuestra pobre alma, decia (3), no sea que si la acusais sin fundamento la hagais insolente; y si la acusais ligeramente, disminuyais su valor y la hagais pusiláni-

(1) El P. la Riviere, p. 464.

(2) Carta DCCCLXXXII.

(3) Carta DCGXXXIII.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XVII, s. XX.

»me. Esforzaos en hacer perfectamente lo que haceis, y
»cuando lo hayais hecho, no penseis mas en ello, sino pensad en lo que os resta por hacer, caminando sencillamente por el camino de Dios, sin atormentar vuestro espíritu. Conviene que aborrezcais vuestros defectos, no con un odio de despecho y turbacion, sino con un odio tranquilo; que los veais con paciencia, y que los hagais servir para abatiros á vosotros mismos en vuestra propia estimacion.» (1) «Mirad vuestras faltas, continúa, con mas compasion que indignacion, con mas humildad que severidad, manteniendo vuestro corazon lleno de un amor dulce, apacible y sosegado.» (2)

«Nuestro segundo mal es que nos amamos con exceso, y si no tenemos gustos sensibles ya estamos tristes (3). Si encontramos algunas dificultades en nuestros justos designios, ya nos apresuramos á combatir las con inquietud, porque amamos demasiado nuestros consuelos, nuestros gustos y comodidades. No quisiéramos mas que azucar en el servicio de Dios, y no miramos á Jesus postrado en tierra, sudando sangre y agua por efecto de su desolacion interior..... Nos negamos á entender que así como los dulces secos son los mejores (4), lo que se hace en sequedad es mas meritorio ante Dios que lo que se hace con consuelo..... «Ser buen siervo de Dios, dice en otro lugar (5), no es estar siempre consolado, siempre en dulzura, sin aversion ni repugnancia para el bien; porque, segun eso, ni San Pablo, ni Santa Angela, ni Santa Catalina de Sena hubieran servido bien á Dios. Ser siervo de Dios es ser caritativo con el prójimo, tener en la parte superior una invariable resolucion de seguir la voluntad de Dios, y una muy humilde humildad y sencillez para confiar en Dios; levantarse tantas veces cuantas se ha

(1) Carta CLXVI.

(2) Carta CVII.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XVII, s. XIX.

(3) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. X, sec. XXIV.

(4) Idem, p. III, sec. LI; p. XVI, sec. LXIV y XXLIV.

(5) Idem, p. XV, sec. XXI; p. XVI.

»caído; sobrellevarse á sí mismo en sus abyecciones, y to-
 »lerar tranquilamente á los demás en sus imperfecciones.»
 «Mi querida hija, escribia á la Madre Chantal (1), Dios no
 »quiere que tengais el goce de vuestra fe, de vuestra es-
 »peranza y de vuestra caridad, sino para servirlos de él
 »cuando no hay otro remedio; la teneis no obstante y en
 »muy buen estado, pero sois como un niño privado por su
 »tutor del manejo de todos sus bienes. ¡Qué felices somos
 »en estar así destetados, pero sujetos á este celestial Tutor!
 »A nosotros nos toca adorar la amable Providencia arro-
 »jándonos en sus brazos. No quiero, Señor, el goce de mi
 »fe, de mi esperanza y de mi caridad, sino para deciros
 »en verdad, aunque sin gusto y sin sentimiento, que mo-
 »riré antes que dejar mi fe, mi esperanza y mi caridad.
 »Señor, si es vuestro beneplácito que no tenga ningun
 »placer en la práctica de las virtudes, yo consiento con
 »toda mi voluntad en ello..... Si nos sobreviene alguna
 »pena, añade el santo Obispo, es preciso recibirla con una
 »sumision tranquila al beneplácito de Dios. Si tenemos
 »algun motivo de alegría es preciso recibirla tranquila y
 »moderadamente, sin alterarnos por ella. Si conviene huir
 »el mal debe hacerse pacíficamente y sin turbacion, pues
 »de otro modo, huyendo, podríamos caer y dar al ene-
 »migo ocasion de matarnos. Si hay que obrar el bien es
 »preciso hacerlo pacíficamente, pues de no ser así come-
 »teríamos muchas faltas con nuestro apresuramiento. Mas
 »aún, no se debe uno detener sino en el bien que Dios
 »quiere, pues de otra suerte, aunque lo que deseamos sea
 »bueno, el deseo será malo, porque no será conforme á la
 »voluntad de Dios, que no quiere de nosotros esta clase de
 »bien, sino otra (2). Si nos sorprende el número de nues-
 »tras imperfecciones no debemos turbarnos, porque no hay
 »nada que las conserve mas que la inquietud y el apresu-
 »ramiento de quitarlas. Por último, si estamos combati-

(1) Carta CCLV.

(2) Carta CLXVII.

dos de tentaciones (1), no debemos por eso ni inquietarnos,
 »ni cambiar de postura, pues es el diablo que anda dando
 »vueltas al rededor de nuestro espíritu para ver si en-
 »cuentra alguna puerta abierta. Lo mismo hacia con Job,
 »con San Antonio, con Santa Catalina de Sena, y con una
 »multitud de almas buenas que conozco, y con la mia pro-
 »pia, que no vale nada y que aún no conozco bien. No de-
 »bemos disgustarnos por esto; dejarle ladrar teniendo
 »bien cerradas todas las avenidas, que al fin se can-
 »sará; y si no se cansa, Dios le hará levantar el sitio.
 »Es buena señal que haga tanto ruido y estruendo al re-
 »dedor de la voluntad, pues eso es prueba de que no
 »está dentro. Guardaos bien de irritaros contra vuestro
 »corazon por estos enojosos pensamientos que le rodean;
 »porque el pobre no tiene la culpa, y Dios mismo no está
 »disgustado con él, sino que, por el contrario, su sabidu-
 »ría divina se complace en ver que este pequeño corazon
 »se pone á temblar á la sombra del mal, como un polluelo
 »á la sombra del milano que revolotea sobre él. Recorra-
 »mos á la cruz, abracémosla de corazon y permanezcamos
 »en paz á la sombra de este santo árbol, pues es imposible
 »que cosa alguna nos manche mientras tengamos una fir-
 »me resolucion de ser todo de Dios (2). No debemos es-
 »pantarnos en las tentaciones, sino permanecer sometidos
 »con una alegre y dulce resignacion al beneplácito
 »divino. Las tentaciones no pueden quitar nada á la pure-
 »za del corazon que no las ama; no las miremos por lo
 »tanto, sino miremos fijamente á nuestro Salvador, que
 »nos espera al otro lado de la tormenta, y tengamos en su
 »servicio un amor grande y firme, que no se inquieta ni
 »por lo dulce ni por lo amargo, y que sin cesar repita:
 »¡Viva Jesus! persuadidos de que las tentaciones no nos
 »turban sino porque pensamos demasiado en ellas y las
 »tememos mucho.» (3)

(1) *Espiritu de San Francisco de Sales*, p. XVI, s. XXI,

(2) Carta DCLVIII.

(3) El P. la Riviere, p. 576.